

Opinión

Pirata y negrero a la vista

Jorge Bello

Especial para Diario UNO

Algunos regresan hoy de vacaciones y otros se irán mañana, al mar. Quien dice mar dice río y dice laguna, y dice isla. Quien dice isla dice isla Berduc y dice isla de Pascua, que es Polinesia pero también es chilena, hermana y vecina, aislada en la inmensidad del océano Pacífico, inhóspita pero invadida por el turismo que hoy da y mañana quita. La semana pasada decía que la memoria es un instrumento eficaz para actuar en defensa propia.

Ahora me propongo una zambullida en esto que llaman la memoria histórica. La isla de Pascua fue diezmada por la viruela, y ésta fue por culpa del comercio de esclavos, y éste fue allí por un catalán.

Conocida también por su nombre original, Rapa Nui, es aquí donde están las gigantescas y enigmáticas esculturas de piedra que siguen siendo un misterio para historiadores y arqueólogos. Afirman que las hipótesis que se plantean para justificarlas no resultan del todo convincentes para explicar los enigmas de



La isla de Pascua fue diezmada por la viruela, y ésta fue por culpa del comercio de esclavos

la cultura rapanui, y que una parte del misterio se debe a que mucho se perdió para siempre en aquel diciembre de 1862.

Se perdieron vidas y con ellas la memoria, se las llevaron, pero aquí también hay movimientos que quieren recuperar la memoria para darle a cada quien el lugar que le corresponde según los méritos logrados o según los delitos cometidos, y no según la versión oficial o los intereses particulares.

En 1862, Rapa Nui era una isla de activa población y rica cultura cuando el 23 de diciembre llegó una flota de ocho barcos al mando del capitán Joan Maristany, catalán, natural de la localidad de El Masnou, cerca de Barcelona. El comercio de esclavos ya había sido abolido en muchos territorios, incluso en Chile, pero todavía era legal en Perú y por este motivo el puerto peruano de El Callao se había convertido en la principal base esclavista. El comercio de esclavos se aboliría en Perú unos meses después, en abril de 1863. El capitán Maristany comandaba

una flota negrera formada por una nave de bandera española y siete de bandera peruana.

Desembarcaron 80 hombres armados que se desplegaron por la isla y capturaron a 349 rapanuis, no sin antes matar a varias decenas e incendiar chozas. El capitán Maristany embarcó 203 nativos, ya esclavos, y los mandó en dos naves a El Callao, donde llegaron un mes más tarde. Luego siguió capturando nativos para llevárselos y venderlos como esclavos, y entre ellos se llevó a la clase sacerdotal de la isla, que hasta entonces organizaban la vida en Rapa Nui, y así dejó la isla acéfala. Se sabe que el heredero del trono Rapa Nui, entonces un niño de seis años, estaba vivo cuando la expedición llegó a Tahití; las autoridades francesas de la isla lo rescataron del barco negrero, pero nunca regresó a su Pascua natal.

Maristany se llevó en total más de mil esclavos de la isla de Pascua, que tenía unos cuatro mil habitantes, y la mayoría fueron muriendo durante el largo y penoso viaje que recorría las islas polinesias en busca de más esclavos. El negocio de Maristany fue un fracaso, y lo obligaron a devolver los esclavos a la isla. Cuando llegó, sólo 15 nativos estaban vivos.

Vivos, pero enfermos de viruela, que era una enfermedad desconocida en la isla de Pascua. La viruela hizo estragos en la población, sólo sobrevivieron 111 nativos, que son los ascendientes de las apenas 36 familias rapanuis que existen actualmente. Lo que hizo el capitán Maristany se considera un genocidio porque, deliberado

La viruela hizo estragos en la población, sólo sobrevivieron 111 nativos

y malvado, provocó directa e indirectamente la casi total desaparición de una raza y de una cultura, y con el único objetivo de hacer negocio. No obstante, murió tranquilamente en su casa de El Masnou, en 1914, a los 82 años de edad.

En invierno, El Masnou es una apacible ciudad de pescadores de unos 20.000 habitantes. En verano es un centro de vacaciones donde la playa, la buena mesa y la navegación ociosa son las actividades de los muchos que veranean allí. Está la casa donde nació y murió el capitán Maristany, aquí viven sus descendientes. Pero nada en

El Masnou recuerda la vida y los atropellos de este hijo de pueblo, ni siquiera es fácil identificar su tumba en el cementerio local.

Pero como el olvido es mal consejero y la memoria es necesaria, el año pasado se publicó un libro que explica con detalle las vergüenzas de este capitán, profusamente emparentado con las familias de El Masnou. Del libro (*Pirata i Negrer*) hay dos ejemplares en la biblioteca municipal, uno para préstamo y el otro de reserva. Para que se sepa, para que a nadie se le ocurra ponerle el nombre de capitán Maristany a una calle, a una plaza, a una escuela. Es la memoria histórica, que busca darle a cada uno el lugar que en la historia le corresponde. Y a nadie en este mundo le corresponde el olvido.

Hace tiempo que la memoria histórica argentina rectifica errores que fueron cómplices de atropellos del pasado, y que siguen siendo cómplices allí donde no quieren subsanar el error. No se puede permitir que una calle, una plaza, una escuela lleven el nombre de un asesino, de un ladrón, de un especulador sin escrúpulos. Allí donde se diera el caso se debe cambiar el nombre. Osvaldo Bayer, que desde hace años busca el respeto por la memoria histórica

argentina, escribe con frecuencia sobre estos temas en Página/12, y lo hace con una maestría y una sabiduría que envidio.

En España, por el contrario, la recuperación de la memoria histórica tropieza con oscuros intereses que dificultan el libre acceso a los archivos de la dictadura. El dictador Francisco Franco, que se hacía llamar Caudillo por la gracia de Dios, o Generalísimo, firmó la sentencia de muerte de unos 200.000 enemigos políticos, que fueron fusilados durante la Guerra Civil Española o durante la larga dictadura que le siguió (1939-75).

Se dice con razón que el grado de libertad con que una sociedad puede consultar los archivos indica el grado de salud democrática de esa sociedad. Así, conserva algo de dictadura la sociedad que no permite consultar con libertad sus archivos. Y se hace más democrática cuando permite que se consulten con libertad. En noviembre de 1983, el general Nicolaidis mandó quemar los archivos de la represión.

Decía la semana pasada que algunos mueren tranquilamente en su cama: uno de estos fue el general Franco, otro fue el

Es la memoria histórica, que busca darle a cada uno el lugar que en la historia le corresponde

capitán Maristany. Otro es el general Cristino Nicolaidis, de la dictadura militar argentina, que murió el sábado de la semana pasada, tenía 86 años, siempre fue una vergüenza argentina. Sus restos fueron velados e incinerados con rapidez.

Se le acusaba de ser ladrón y comerciante de bebés. ¿En qué se diferencia de un pirata y negrero? Declaró muertos a los desaparecidos y se quedó con sus hijos, pero escapó de la Justicia en 1985 gracias a un acuerdo de las fuerzas armadas con el gobierno de Raúl Alfonsín. Perdonar es entonces olvidar, y el olvido es una injusticia, y hay tantos que esperan justicia. No hay que olvidar, todo lo contrario, hay que hacer memoria.

Muray J. Pirata i Negrer: Joan Maristany i Galceran. Vilassar de Mar (Barcelona): Kastelani, 2010.

Amorós F. Rapa Nui: un mundo perdido al este de la Polinesia. Barcelona: Sirpus, 2010.